

Prof. PIO EDUARDO SANMIGUEL A.
 Psicólogo-Psicoanalista
 Universidad Nacional de Colombia

GENÉTICA DE LA ADICCIÓN: ESTUDIO TEÓRICO

REVISTA DE PSICOANÁLISIS



CAESALPINIA L.
C. sepiaria Roxb.
 Leguminosae
 Zonas cálidas y tropicales
 de ambos hemisferios

Con los desarrollos lacanianos que tan profundamente marcaron por exceso o por defecto el psicoanálisis durante la segunda mitad del siglo que se extingue, hay dos nuevas o renovadas preguntas que resulta obligado formular cada vez que intentamos abordar, con la mirada del clínico y del patólogo, la particularidad de un caso, la especialidad de una problemática o la especificidad de una estructura. Estas son: ¿cuál es el lugar del otro en la constitución y sostenimiento del sujeto?, valga decir, la jurisdicción del lenguaje y de su ley; y, ¿de qué manera se organiza en el cuerpo dicho concurso?, es decir, lo concerniente al síntoma. Las innumerables relaciones que es posible establecer entre estas dos preguntas a partir de la singularidad del caso, no deben cegar nuestro entendimiento a la evidencia que nos informa que el trasfondo de dichas articulaciones no es de tipo dialéctico sino positivo. El punto de irreductibilidad de estas dos preguntas en una sola señala lo que del cuerpo no se asimila en el lenguaje, dando lugar a lo que en psicoanálisis ha sido formalizado como goce.

El análisis que sigue se halla atravesado por estas dos preguntas de manera que vectoricen productivamente la relectura comparativa de dos observaciones tantas veces interpretadas de la obra freudiana, con la pretensión final de enlazarlas con una psicopatología germinal de la adicción.

CONTINUA EN

Que mil y una veces se lo evoque tanto por escrito como en interminables discusiones no exculpa aquí la labor de revisarlo una vez más para intentar una nueva construcción a la luz de nuestra reflexión. La redoblada importancia que este pasaje ha adquirido en los esfuerzos de múltiples pensadores cuando se quiere saber qué dijo o qué quería decir Freud no depende únicamente de la riqueza de contenido que este aparte por sí mismo ofrece, y obliga adicionalmente a recordar qué implicaciones tiene

para el pensamiento freudiano, para su obra, el *más allá del Principio del Placer*. No es un texto de doctrina si se tiene a bien entender por aquello el lugar donde se plasma un conjunto de nociones que damos por verdaderas y sobre las cuales avanzamos interpretaciones u orientamos la acción. Muy al contrario, constituye este la piedra angular para desmontarla a la luz de la observación. El principio rector de todo el edificio freudiano será aquí cuestionado profundamente en la medida en que no parece concordar con lo que ciertas observaciones coinciden en indicar como los derroteros del sujeto mismo, lo cual queda concisamente expresado en el título. Dicha revisión no dejará de tener implicaciones sobre la teoría en el sentido de una profunda reconceptualización más acorde con el sujeto que la determina.

Freud¹ define lo observado como el primer juego, autocreído, de un niño, sin detenerse a explicar qué lo define como juego. Solamente remite la revisión bibliográfica sobre el asunto al esfuerzo de otro psicoanalista que ya se ha tomado el trabajo de analizar, a la luz de la teoría sobre la economía psicoanalítica en psicoanálisis, los intentos explicativos que otras teorías ofrecen sobre los motivos que llevan al niño a jugar. Puede colegirse que ninguna de ellas prevé la ganancia de placer posible de esta actividad, y que en cambio, será justamente sobre este punto que Freud centrará su análisis apoyado en la oportunidad que se le presentó de realizar una observación más o menos prolongada sobre uno de sus nietos, de un año y medio de edad, con ocasión seguramente de una visita a casa de sus padres, que duraría varias semanas. Traza el perfil de un niño que no da muestras en su desarrollo de ninguna ventaja y subraya la buena relación que mantenía con quienes se

ocupaban de él, su juicio para obedecer las prohibiciones de sus padres y su calma para aceptar las prolongadas ausencias de una madre con quien manifiestamente mantenía una relación cercana y tierna.

Aunque el juego *completo* consistiese en arrojar un carrete asido de un cordel para luego recuperarlo, acompañándolo en orden de un "o-o-o-o" y un "Da", el *quid* del análisis freudiano consiste justamente en no permitir que dicha situación deslumbrase hasta la ceguera la posibilidad de extraer en esta oportunidad la enseñanza por vías de la paradoja. Nada más fácil que confirmar, si quisiésemos, que el principio del placer gobierna, también aquí, el suceder del juego (del juego del deseo), tal como reza la doctrina. Bastaría con afirmar, tal como lo hace el respondiente que el mismo Freud trae a escena, *que jugaba a la partida porque era la condición previa de la gozosa reaparición, la cual contendría el genuino propósito del juego*. Es una explicación convincente si no fuese porque en verdad la frecuencia con que el niño arrojaba los juguetes a lugares de difícil acceso, valga decir, el *playing gone* que acompañaba de un "o-o-o-o", era incomparablemente mayor, y que al escenificarse por sí solo implicaba una repetición que no conllevaba el fin placentero que se supone intrínseco al "Da" de la amistosa reaparición del objeto. Safouan anota que Freud mismo lo subraya, con lo cual no se comprende por qué habría de considerarse que el juego es el *Fort-Da* y no únicamente el *Fort*, es decir, un juego de *all gone*. Fue el azar, dice, el que hizo que, entre aquellos juguetes que no usaba más que con ese fin, se hallara una bobina envuelta con un piolín, que le permitía halarlo después de haberlo hecho desaparecer con gran destreza. Lo que se ha venido llamando "el juego del Fort-Da" no es más

que una modificación accidental del juego de "botarlo todo lejos", que sólo la estructura del juguete hizo posible².

La acotación no resulta anodina y obliga a responder a la siguiente pregunta: si el reencuentro con el objeto no explica el juego, qué lo explica?, o dicho en términos del principio del placer, ¿cuál es entonces la ganancia que acompaña dicha actividad si la hay, y si no la hay, cuál es su resorte, principio o motor? Es la pregunta que Freud decide esta vez afrontar con su reflexión.

Conviene aquí subrayar, como también lo hace Safouan, que lo que más debe sorprendernos de esta observación es que un niño de esta edad no se angustie ni presente reacción diferente a la placidez con la que Hans acogía las partidas de su madre. Sobre este punto, remítase el lector al sucinto pero consistente análisis del desarrollo del niño que hace este autor en la obra a la que vengo haciendo referencia; y que le permite esbozar el momento en el que se encuentra el nieto de Freud: lo cual implica preguntarse por las particularidades de la relación madre-hijo y de la objetivación del sujeto en la imagen del cuerpo.

Intentaremos abordar aquí dichas particularidades únicamente a partir de lo que nos informa el recuento freudiano, concentrando nuestra atención sobre el contenido de la nota a pie de página, adjunta a manera de ampliación de su interpretación. Cuenta Freud que en alguna ocasión, habiendo estado ausente la madre durante muchas horas, *el niño había encontrado un medio para hacerse desaparecer a sí mismo. Descubrió su imagen en el espejo del vestuario, que llegaba casi hasta el suelo, y luego le hurtó el cuerpo de manera tal que la imagen del espejo "se fue". Y al regreso de su madre la recibió con un "Bebé-o-o-o-o"*. Como sabemos por los desarrollos lacanianos sobre el estadio del espejo, para que un niño llegue a tener la posibilidad de sutraerse a la imagen del espejo, es necesario que antes de ello haya queda-

1. Freud S., *Más Allá del Principio del Placer* (1920). En *Sigmund Freud: Obras Completas*. Vol. XVIII, Buenos Aires: Amorrortu, 1976, pp. 7-62 (Cfr. particularmente pp. 14 a 16).

2. Safoan M., *L'échec du principe du plaisir*. Paris: Seuil, 1979. Cfr. Cap. V.

do fijado a esa imagen, en un proceso de reconocimiento de la suya propia que pasa por la del otro, muy particularmente la de su madre. Esto nos permite decir que Hans no es ya el niño absorto en el reconocimiento a perpetuidad de la imagen de su madre, que hace que una vez que ese objeto libidinal ha sido fijado como objeto amoroso, se presente una reacción de angustia cada vez que se ausenta. Una vez que el sujeto se introduce estructuralmente a la separación entre su imagen y la del otro, lo que no soporta es su reaparición en la imagen especular pues es allí que corre el riesgo de ser engullido en el Otro. Por eso a lo que juega Hans es a *hurtarse él* —como interpreta tan precisamente Freud—, haciendo desaparecer la imagen del espejo. Esta es una de las grandes paradojas aparentes que este caso ayuda a resolver por las preguntas que plantea: si un niño de ocho meses se angustia ante la prolongada ausencia de su madre o ante la aparición de una cara que no es la de ella, es porque su ser depende únicamente del amor del Otro, e inversamente, él es objeto sólo en la medida en que es objeto amado por el Otro; distinta es la situación de un niño sólo un poco mayor, que ha adquirido una imagen de sí mismo que ya no es la de ningún otro (sin olvidar por ello que esa imagen la extrajo justamente de ese Otro). Un niño en esta situación se angustiará, no ya ante la ausencia de su madre simbólica, sino ante su inminente reaparición, que ponga en peligro la disolución de su cuerpo en el cuerpo del Otro. Esta perspectiva permite, por fin, entender ese *Bebé-o-o-o-o*, no tanto como la simbolización de la ausencia de la madre, sino como el significante con el cual Hans mismo hurta su cuerpo al goce de ese Otro que acaba de llegar. A cambio de la angustia aparece el juego de *Fort*, verdadera puesta en marcha de la maquinaria simbólica que finalizará dando su justo lugar a la madre, no ya como simbólica sino como real, y trocando el

objeto real que es el niño, en un objeto simbólico³.

Cedo aquí la palabra a la claridad conceptual y de exposición de un Safouan.

"A menudo se describe ese juego diciendo que el niño simboliza la ausencia de la madre. Esta fórmula, sin ser inexacta, tiene el inconveniente de sugerir que el niño captaba ya antes del juego la ausencia de la madre como tal; y que lo que permite el juego consiste únicamente en hacer que esta ausencia halle su símbolo en el vocablo "Fort" (así como la madre misma se halla simbolizada por el objeto expulsado); y que luego, debido a la estructura binaria del significante, el "Fort" acarrea el "Da", de donde resulta la alternancia de la aparición y de la desaparición. Si esta descripción fuese correcta, la ausencia sería, conforme al mito bíblico de la nominación, una cosa con la cual el niño estaría en contacto inmediatamente, sin intervención del significante, y recibiría de esta intervención la estructura de oposición en la que se establece el vínculo necesario de la ausencia con la presencia. Pero sin duda la fórmula misma que utilizamos para describir aquello de que se trata, compuesta forzosamente de elementos discretos como todo aquello que se articula en el orden del significante, nos induce a formular hipostáticamente la ausencia bajo la forma de un sustantivo: de la misma manera que la madre, diría yo; un sustantivo al cual se le aplicaría, secundum rem, la operación designada como "simbolización". De esa manera, concebimos la escena como si se tratara de un niño que ya tiene la capacidad de pensar "ausencia", de responder a la pregunta "dónde está tu madre" con un "ausencia" o con un "no está acá", cuando en realidad se trata de un niño que sólo ha llegado a la interjección: "o-o-o-o".

No dudamos, nosotros, que antes de inventar ese juego, el niño ya se había percatado perceptivamente de la ausencia de su madre; pero esta percepción no constituye aún

3. Cfr., Lacan J., *El Seminario, libro 4: la relación de objeto (1956-1957)*. Barcelona: Paidós, 1994. Cap. IV.

un aislamiento de la ausencia misma entendida como ese cuerpo de otra parte en donde todo aparece o puede desaparecer, sino del que todo surge o puede eventualmente surgir, puesto que lo que allí desapa- parece no puede quedar por ello abolido. En otras palabras, hasta cuando se desencadenó el juego, la ausencia de la madre constituía como un hueco en el campo perceptivo, al que el niño no dejaba de reaccionar; lo que aún le faltaba al niño y que constituye el paso franqueado en el juego, era el aislamiento o la abstracción de ese hueco mismo como el lugar en el que todo puede engullirse: todo, sin excepción de sí mismo; un lugar donde la cosa o la imagen especular de la cosa, conserva una permanencia que lo separa de los accidentales de la aparición y de la desaparición. Por eso ese juego es ante todo un juego de Fort (...). No se trata de una estructuración significativa de la ausencia, sino de la apertura previa de ese campo de la ausencia en la que "ser" se disocia de "ser percibido", y deviene más bien sinónimo de "ser pensado". Lo que logra el niño en el juego no es sólo la adquisición de una representación particular, en este caso la de la ausencia (que, en cuanto tal, no podría separarse de la presencia); lo que adquiere es lo que podría llamarse la representación pura, o también, la *representación de la representación*⁴.

La objetivación que la imagen del cuerpo otorga no basta por sí sola para ofrecerle al sujeto una permanencia más allá de su desaparición o reaparición, gobernada por el otro. Es necesario que ese sujeto Hans tome a cuenta propia la tarea de la desaparición, no en el juego de mover un espejo para que su imagen no se vea allí, sino *a través del significante* que lo acompaña; este movimiento hacia el significante, en el que Lacan reconoció desde el comienzo el masoquismo primario, es el único que le puede permitir al sujeto transformar ese campo en el cual él no era más que objeto sometido a las vicisitudes del afuera. Pasa de pasivo a activo, com-

4. Op. cit., pp.75-76. La traducción es mía.

pletando así su subjetivación a partir del momento en que su presencia, distanciándose de la mortal especularidad, conserva una traza más allá de su desaparición". *Bebé-o-o-o-o*" es el sujeto que se introduce como muerto en el juego que a partir de entonces se abre para el ser.

Sí resulta importante subrayar que no es un juego apropiado por imitación y que desde luego, en dicho proceso el lugar que ocupa el Otro resulta siendo de extrema importancia. Si Freud afirma no interesarle *que el niño mismo lo inventara o se lo apropiara a raíz de una incitación (externa)*, esto puede ser entendido, en el mejor de los casos, como un reconocimiento a la franquicia con la que el sujeto emprende su denodada actividad⁵, pero ello no podría opacar la perspectiva que nos ha traído hasta este punto: es inobjetable que el lugar del Otro está determinando radicalmente su ejecución, en su contenido y en sus tiempos, *verbi gratia*, una madre que, habiéndose ocupado tiernamente de los cuidados de su hijo, *que no sólo lo había amamantado por sí misma, sino que lo había cuidado y criado sin ayuda ajena* empieza a ausentarse durante horas, podría explicarnos este juego y su tan temprana aparición en Hans. Es, como se ve, y *à rebours* de las palabras mismas, una introducción de la *función padre*.

FORT DE GOETHE

También otro niños arrojan objetos... Transcribe Freud el relato que hace Goethe de un episodio de su niñez más temprana, en el que éste se empeña, ante la incitación de los vecinos, en arrojar toda su vajilla de juguete por la ventana, y luego también toda la vajilla de la cocina a la que pudo tener acceso, hasta que alguien

apareció para *impedir y defender*⁶. El sentido de este relato, por sí mismo, le era inaccesible a Freud, a pesar de saber que bien podía ser considerado como un recuerdo encubridor de considerable valor para esclarecer aspectos importantes de la vida anímica de un sujeto. Como no disponía de la posibilidad de anteponer un recuerdo del mismo Goethe a este relato, Freud procede de manera diferente. Relata el caso de otro paciente que le cuenta algo tan similar al episodio de las vajillas, que una vez dilucidadas —con ayuda de la asociación libre—, las mociones que llevaron a éste a actuar de esta manera (el deseo de eliminar al intruso hermano), procede a interpretar el recuerdo infantil de Goethe en el mismo sentido, buscando los datos que en la biografía del pensador pudiesen corroborar dicha hipótesis. El procedimiento freudiano busca saber si puede hacerse una generalización que le permita formular la ecuación: "arrojar objetos por la ventana es igual a reacción ante un molesto hermano que nace". A continuación transcribe tanto el relato de otro de sus pacientes como otras dos observaciones que la psicoanalista Hermina von Hug-Helmuth puso a su disposición.

La interpretación de Freud es inobjetable si suponemos que un caso, o varios, explican otros por generalización. En el juego de su nieto, la explicación no requiere más que de las palabras asociadas a la observación, que abren sobre una pregunta que cuestiona todo el aparato teórico, obligándolo a transformarse. En este caso, la generalización es ejercicio que comprueba y fortalece el cuerpo teórico adjuntando pruebas que solidifican y magnifican el cuerpo teórico. Es ejercicio institucional que extiende las fronteras de la explicación. Pero es en esa perspectiva misma que su explicación yerra el nódulo de la historia. Veamos:

6. Freud S., *Un recuerdo de infancia en Poesía y Verdad* (1917). En: *Sigmund Freud: Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu, vol. XVII, 1976, pp. 141-150.

Para los fines de su interpretación, Freud explica que la incitación externa no encierra tampoco aquí, mayor importancia porque es segunda en relación con el acto mismo de arrojar la vajilla rompiéndola. Lo que explica cuál es el interés de Freud, pero deja sin explicación el relato de Goethe. Es cierto que decir que *no obtenía nada más* de sus juguetes puede ser entendido como un intento por explicar el origen de un acto al cual en realidad Goethe no le halla explicación, pero esto no explica a su vez la función de la incitación de esos hermanos en el relato. No obstante, podemos decir que esta parte parece no solamente importante para la sal de la historia, sino imprescindible en el nódulo de la escena que él trata de describir. No hay, desde este punto de vista, más relación entre este relato y los otros que cuenta Freud que los de la expulsión de objetos afuera, a un afuera radical. Pero no hallamos en ello ni la incitación, ni lo irrefrenable de un acto que se repite, ni la ausencia de un otro interdictor.

Este es el punto donde divergen radicalmente nuestras historias, ofreciéndonos por ende la particularidad de esta. Si quisiéramos hallar relatos comparables al que aquí nos ocupa, tal vez convendría más evocar las tantas ocasiones en las que un niño, de edad que podemos considerar más o menos equivalente a la de nuestro joven Goethe, es inducido por otro, mucho mayor que él, a llevar a cabo actos que el provocador mismo reconoce como prohibidos en algún sentido. A menudo se trata sencillamente de repetir expresiones soeces, y en otras de realizar algún acto aislado igualmente prohibido por otro (dibujar en un muro, romper objetos, golpear algo, o también arrojar objetos, son ejemplos de una lista que aunque extensa, no por ello es ilimitada). Dicho aliento desemboca en una repetición irrefrenable del acto a la que ya los incitadores no pueden poner coto, y que finaliza irremediamente, una

5. Única interpretación que permite explicar a su vez el adjetivo *autocreado*.

vez que aparece alguien que decide imprimir todas sus fuerzas en la tarea de sujetar al niño, en una larga rabietta. En no pocas ocasiones también, anteceden a este final una serie de intervalos en los que el pequeño sujeto, habiéndose ya detenido en su insaciable repetición, retoma repentinamente su acto, obligando a los presentes a intervenir nuevamente. Si entre estos últimos se hallan los estimuladores mismos, no dejaremos de observar una serie de miradas que en el niño predicen la reaparición de su conducta, correlacionadas invariablemente con el hecho de que en el adulto —y esto es lo más importante— no concordarán su intención explícita de frenar el acto con la expresión de contento que sus gestos y aún su inconsciente risa denuncian.

No resulta necesario aquí, en mi opinión, buscar ejemplificaciones concretas de esta situación. Cada lector podrá seguramente hallar con gran inmediatez en su recuerdo, ocasiones en las cuales él mismo estuvo en uno de los tres lugares que quedan aquí señalados: el niño, el incitador o el tercero prohibidor. Se entiende que el relato de Goethe se aproxime más a la estructura de estas observaciones que a las que el mismo Freud propone, puesto que en su análisis, solamente el niño aparece, mientras que el incitador y el interdictor no son considerados. Inversamente al énfasis freudiano, interesa más aquí la incitación externa misma que la pregunta por si el acto es espontáneo o no en su inicio aunque, por lo demás, ello no deje de conservar una cierta importancia en sí. Asimismo, no es este un juego de *Fort* implícito, como quiere hacerlo aparecer Freud al referirlo en su análisis del juego de su nieto como otro ejemplo de niños que expresan sus mociones hostiles arrojando objetos, venganza contra aquel que ha partido⁷.

7. Resulta necesario hacer la siguiente aclaración: si se toma aisladamente el primer acto de Goethe, de botar a

Subrayemos que se trata de un sujeto que ya ha pasado por el estadio del espejo y que se ve enfrentado a un adulto que en la solicitud que le dirige, lo desujeta del significante de la ausencia en el que ya hacía perder su representación, urgiéndole una producción de goce que, evidentemente compromete su cuerpo (... *me alborozaba y batía las palmas de alegría*). Se trata, a todas luces, de un rasgo perverso del padre, que juega con los límites de lo prohibido y con la prohibición de goce en el otro, del cual él mismo se alimentará *hasta el fin de sus días* ("Otro!", "Otro más!", exclamaban los von Ochsenstein a medida que el pequeño botaba todas las piezas de la vajilla por la ventana, y este, *radiante de poder proporcionarles ese contento*, continuaba lanzando aún los platos de terracota de la cocina, dado que *aquellos hermanos nunca se daban por satisfechos*).

Lo que Goethe ejemplifica es el punto donde él es juguete del capricho del Otro, sin poder escapar a dicha situación. ¿Y cómo escaparía acaso con un simple "no lo hagas", si justamente se halla frente a otra orden, aún más feroz: "Hazlo!"⁸. Aquí lo que queda de relieve es el goce, pero en tanto goce del Otro. Goce de un padre que se la quiere dar de vivo. No hay que subrayar tanto que el niño sepa o no que está haciendo algo malo que merecerá una reprimenda de los adultos, como sí argumenta Freud, sino que el adulto sí sabe, o cree saber, que está haciendo algo prohibido. De igual forma podemos permitirnos no tomar al pie de la letra el relato mismo de Goethe y considerar que ese regocijo inicial suyo al arrojar la primera pieza a la calle, no es primero sino segundo en la suce-

un afuera radical un objeto, Freud tiene toda la razón. Pero debe subrayarse nuevamente que ésta no es sino una parte del relato: la que concierne al acto mismo y al objeto en cuestión.

8. Orden cuya condición imperativa se halla fundada en el filo de la voz; ésta determina el carácter irrefrenable del acto.

sión real de los hechos, pero que su memoria, afectada por el orden de lo mítico —que acostumbra referir en el origen algo que en realidad no es más que efecto—, lo ubica en el principio y causa de lo que sucederá. Tampoco entonces *el contento del niño al hacerse pedazos los objetos* es necesariamente *una acción placentera ya en sí misma*, como lo admite Freud sin discusión. Desde la perspectiva que aquí desarrollamos, ese goce es goce del Otro en el cuerpo del sujeto; producido por la ingerencia de la incitación superyoica de un padre que, induce un cortocircuito sobre la eventual aparición de un *Fort*, o sobre la *Ausstossung* que allí se gesta. No cambia nada que el adulto sea el incitador primero, puesto que de todas maneras, como ya hemos revisado, el resultado para el sujeto es el mismo: una desujeción respecto del significante y una mancipación del cuerpo todo al goce del Otro.

DEL IMPOSIBLE FORT A LA ADICCIÓN

Quiero plantear ahora, a manera de conjetura, que este recorrido nos permite adelantar algunas especulaciones sobre la génesis de las adicciones. Partiré de las similitudes que presentan. Primero, es innegable en ellos el carácter irrefrenable del acto. Segundo, la insaciabilidad que podemos siempre deducir de su repetición. En tercer lugar, podría suponer también un estado de conmoción corporal directamente relacionado con el objeto en cuestión, aunque este punto supone un estudio con datos clínicos que aporte elementos para dilucidar la función del objeto en las diversas adicciones. Si el objeto representa, como en el *Fort-Da* y en Goethe "al que se va", en las adicciones resulta siendo "quien debe irse" pero que, debido al paradójico lugar que el Otro ocupa, termina siendo, por ejemplo, ingerido o acumulado, creando así la

tan citada dependencia. Pero lo que habría que entender aquí es cómo la dependencia objetal resulta siendo, paradójicamente, tabla de salvamento para no sumergirse en las fauces devoradoras de ese padre, al mismo tiempo que vía obligada que conduce a la emergencia del cuerpo gozante del Otro en el cuerpo del sujeto. En la relación especular en la que queda atrapado nuestro sujeto, podemos entender cómo "ingerir un objeto", por ejemplo, es equivalente a ofrecer un objeto al goce del Otro, pues no debe olvidarse que el cuerpo gozante es cuerpo del Otro. Se trata entonces para el sujeto, de crear una distancia salvadora para "entregar un objeto" en vez de "entregar su ser" al goce de ese otro devorador. En últimas, no es nada diferente en su mecanismo fundamental a la inmolación de un objeto de sacrificio a cambio del ser mismo, que se le preserva así de desaparecer en la nada absoluta de ese campo que aquí es el campo del Otro.

Si esto es así, podríamos igualmente suponer, como causa de las adicciones, el mismo lugar del Otro que aquí hemos ya analizado, y la misma solicitud. No sería extraño que un estudio de dichos rasgos en la cultura ofreciera mayores avances por esta vía, permitiéndonos plantear que en su fundamento hemos de suponer un rasgo perverso del Otro de la cultura.

Debo agradecer a uno de mis colegas el haber llamado mi atención sobre un fragmento asociativo del *sueño de la monografía botánica*, que constituye tal vez la única prueba clínica de que dispongo actualmente en favor de estas ideas, proveniente justamente del material biográfico infantil que Freud nos legó en *Die Traumdeutung*. Cuenta que en alguna ocasión, a los cinco años de edad, su padre se divirtió ("tuvo la humorada", traduce L. L. Ballesteros) entregándoles, a él y a la mayor de sus hermanas (de tres años de edad), un libro con láminas de colores para que lo destruyeran. En su recuerdo⁹ se ve dichoso desho-

jándolo junto con su hermana. Hallamos en esta primera parte del relato una ejemplificación donde pueden distinguirse los dos elementos arriba aislados: un padre que invita a realizar algo prohibido y que se satisface en ello, y un hijo que se alborota en la realización repetida (arrancar hoja tras hoja) del acto al que se lo impele.

Para mi sorpresa Freud continúa el relato con las asociaciones que hablan justamente en favor de la tesis que aquí he adelantado: la posición del padre habría estado en la génesis de su adicción¹⁰ a *coleccionar y poseer* libros: "*Después, siendo estudiante, se desarrolló en mí una predilección franca por coleccionar y poseer libros (...)*. Desde que comencé a reflexionar sobre mí mismo, he reconducido siempre esa primera pasión de mi vida a aquella impresión infantil; mejor dicho: he reconocido que esa escena infantil es un "recuerdo encubridor" de mi posterior biblio-

9. Es el único recuerdo plástico de su temprana infancia: lo mismo que para Goethe.

10. Freud habla de pasiones y no de adicciones. El carácter acumulativo del objeto y su imposibilidad para detener la compulsiva adquisición de libros más allá de sus posibilidades económicas me parece que autoriza a conservar el segundo.

11. Existe además una asociación anterior sobre las propiedades anestésicas de la cocaína, sobre su fantasía de ser operado *después de la introducción de cocaína*, que lo remitió enseguida a la ocasión en que su padre, que iba a ser operado, fue anestesiado con dicho alcaloide. Cfr. Freud S., *La Interpretación de los sueños (1900)*. En, *Sigmund Freud: Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu, Vol IV, 1976, pp. 186 y ss.

12. Cfr. Safouan M., *Hommes et Femmes: un point de vue psychanalytique*. En: *Analogies*. Textos de las intervenciones presentadas durante la jornada del 11 de diciembre de 1983 en París, cuyo tema era: Psicoanálisis y Enfoque Familiar Sistémico.

13. "... en el momento actual, cuando lo que Ivan Illich llamaría el mercado del saber está en trance de sustituir al mercado del trabajo, y las categorías de edad a la división entre los sexos, cuando la satisfacción de las demandas se le confía cada vez más a empresas de manera tal que su éxito puede ser objeto de una técnica, podemos preguntarnos lo que será el mundo cuando un nuevo mandamiento haya declarado al niño y el adulto, una sola carne". Safouan M., Op. cit. La traducción es mía.

filia. Desde luego, también muy pronto supe que las pasiones (Leidenschaften) fácilmente nos hacen padecer (leiden). A los dieciséis años llegué a tener una respetable deuda con un librero, pero no los medios para saldarla, y mi padre apenas admitió como disculpa que mis inclinaciones no me hubieran hecho caer en algo peor¹¹.

Tal vez sea tiempo ya de preguntarse seriamente por el lugar que ocupa el niño en la familia occidental, empezando por unirnos a las voces que interrogan la tendencia de ciertos autores a considerar el advenimiento de la familia nuclear moderna como un progreso¹². El nacimiento de la familia moderna tuvo lugar justamente con su recentramiento en torno al niño como centro de la organización familiar, nos recuerda Safouan, lo que no ha dejado de tener implicaciones profundas sobre el peso que este carga, en la medida en que ha sido designado como objeto de don y por ende como un ser enteramente sometido al ejercicio del poder del padre. Dicha situación lo condena igualmente a mantener la familia unida en el ideal, lo cual justamente lo ubica en una extraña situación, propicia para el advenimiento de la violencia infantil¹³.

Esta situación nos impele a no abandonar este texto sin antes exponer lo que nos sugiere este trabajo a nivel de la intervención terapéutica: tal vez la prohibición del tercero no debería ir dirigida al sujeto desbocado en su galopante cuerpo, sino al Otro!, única prevención posible Ψ